

¿Quién es mi vecino?

«¡Grita con toda tu fuerza, no te reprimas!
Alza tu voz como trompeta. Denúnciale a mi pueblo
sus rebeldías; sus pecados, a los descendientes de Jacob.
Porque día tras día me buscan, y desean conocer mis caminos,
como si fueran una nación que practicara la justicia,
como si no hubieran abandonado mis mandamientos.
Me piden decisiones justas, y desean acercarse a mí».

Isaías 56: 1, 2, NVI

En Isaías 58: 1, 2, Dios le dice al profeta: «¡Grita con toda tu fuerza, no te reprimas! Alza tu voz como trompeta. Denúnciale a mi pueblo sus rebeldías; sus pecados, a los descendientes de Jacob».

Pero ¿qué iniquidades, qué pecados? Además, estas personas parecen buscar al Señor: «Porque día tras día me buscan, y desean conocer mis caminos» (Isaías 58: 2). Sin embargo, Dios llama a su comportamiento «iniquidades» y «pecados».

En Isaías 58: 3-11, el profeta hace un diagnóstico claro. En primer lugar, lo que se desprende de este pasaje es el sentimiento de autosatisfacción: la gente está centrada en sí misma, en lo que hace por Dios, tan preocupada por su vida religiosa —no digo espiritual— que ya no ve al que sufre, al que no tiene para comer,

al que está en la calle, al que está desnudo, al oprimido, al esclavo, al mendigo, al marginado, al excluido, al que sufre por la violencia y la persecución en su país.

También podemos percibir el fenómeno de la secularización... El profeta Amós maldice a sus compatriotas que viven tranquilos en Jerusalén y se sienten seguros en Samaria: «¡Ay de los que reposan en Sion y de los que confían en el monte de Samaria, los notables y principales entre las naciones, a quienes acude la casa de Israel!» (Amós 6: 1, RV95). Se habían acostumbrado tanto a su acogedora comodidad y prosperidad que no veían a los demás en la indigencia y la inseguridad.

Un evangelista escribió: «Demasiadas iglesias hoy en día rezan por la renovación

espiritual mientras cuelgan un cartel invisible en su puerta principal con las palabras: "No molestar"».

El apóstol Santiago nos recuerda: «*La religión pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre es esta: atender a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y conservarse limpio de la corrupción del mundo*» (Sant. 1: 27, NVI). Se podría añadir sin traicionar el texto: «ayudar a los extraños, a los que no tienen voz, a los que no tienen derechos».

Recordemos especialmente las palabras de Jesús en el día del juicio: «*Porque*

tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; fui forastero, y me dieron alojamiento; necesité ropa, y me vistieron; estuve enfermo, y me atendieron; estuve en la cárcel, y me visitaron. [...] El Rey les responderá: "Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí"» (Mat. 25: 35, 36, 40, NVI).

Patricia Sablier,

*Asuntos Públicos y Libertad Religiosa,
Unión de las Antillas y Guyana Francesas.*